

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA CRISIS ARGELINA

EL nuevo Gobierno francés que acaba de constituir M. Gaillard vuelve a hallarse ante la tarea contradictoria de sus antecesores: poner fin a la crisis financiera que exige severas economías y proseguir en Argelia una guerra larvada ruinosa. El nuevo Presidente del Consejo ha precisado que no abandonaría Argelia, al mismo tiempo que dirigía un llamamiento a los insurrectos para negociar. Pero como por su parte los jefes del F. L. N. proclamaban en Túnez que no negociarían sin que Francia haya reconocido la independencia de su país, el deseado compromiso no está cerca de lograrse.

Para los franceses, el levantamiento sucesivo de los más ricos territorios de su Imperio constituye una honda decepción. Creían de buena fe que los indígenas amaban a Francia y la admiraban. Hasta el principio de la rebelión alardeaban de poder asimilar a los argelinos con el tiempo. Entre tanto, una experta administración, que sabía manejar a los caídos y a los jefes de cofradía, hacía reinar la paz en el país. La población indígena crecía con un ritmo acelerado —2.328.000 almas en 1856, 8.263.000 en 1953—. El país se enriquecía. Grandes ciudades se alzaban en el litoral. Eran pruebas de los beneficios del gobierno de Francia, merecedores de la gratitud de los musulmanes.

La guerra de Argelia ha disipado este sueño agradable y planteado la cuestión argelina ante la opinión francesa. Se ha tratado de descubrir sus causas. Los pensadores de izquierda han acusado inmediatamente la explotación de los indígenas por los odiosos colonos y la miseria de los rebeldes. El romanticismo social, de que aún están impregnados los progresistas europeos, hace que los rebeldes tengan siempre razón. Lo cual no es forzoso.

La rebelión indígena es, a la vez, el resultado de la evolución in-

terna de la sociedad indígena, del despertar del Islam y de la pérdida de prestigio de Francia desde 1939. En estos últimos años se ha constituido entre los musulmanes de Africa del Norte una pequeña minoría procedente de las Universidades francesas y una burguesía comerciante que —como la burguesía francesa en 1789— aspira a desempeñar un papel político. Los obreros kabilas que han aprendido a conocer en las fábricas de la metrópoli las ideas occidentales —o comunistas— y los soldados que durante la guerra de Indochina han oído los llamamientos de los viets en pro de la liberación de las colonias, proporcionan buenas tropas a sus cuadros. Si se agrega a estos elementos los ulemas que caldean el viejo espíritu de guerra santa del Islam contra la opresión cristiana, se tienen los componentes de un movimiento que enlaza curiosamente los versículos del Corán con las declaraciones de los derechos democráticos.

Muchos de estos elementos existían aun antes de la guerra, pero los desastres franceses de 1940, el desembarco americano de 1942 que —hecho grave— se llevó a cabo ante los mismos indígenas, hizo ver a éstos que Francia ya no era la nación conquistadora de Bugeaud y de Lyautey. A partir de entonces la fidelidad bereber se tambaleó. Una primera rebelión, en mayo de 1945, reflejó el despertar del espíritu de independencia. Fué aplastada y las reformas que instituyeron la Asamblea argelina y la representación de los musulmanes en la Cámara francesa pudieron hacer creer que estaba consolidada la dominación francesa. Pero la guerra de Indochina, que mostró a hombres de color venciendo al ejército colonial, acarreó un choque psicológico decisivo. Si los viets derrotaban a los franceses, ¿por qué no lo harían los magrebíes? Suboficiales y tiradores indígenas se pasaron del servicio del imperialismo francés al bando de la Argelia independiente. Los cuadros de la acción militar estaban establecidos. La insurrección podía iniciarse.

¿Es general esta rebelión y representa el F. L. N. a toda la población arabo-bereber? Los amigos de los nacionalistas argelinos lo afirman. Sería más exacto hablar de una fuerte minoría actuante (y las revoluciones son siempre hechas por minorías actuantes) sostenida por la opinión indígena. En efecto, está establecido que la simpatía de la mayoría de los arabo-bereberes va hacia los rebeldes. Como en todas las guerrillas, las bandas argelinas que imperan en el «maquis» sólo pueden escapar a las columnas francesas con el

apoyo de las poblaciones civiles entre las que operan. Por otra parte, aunque hayan sufrido severas bajas, estas bandas han podido renovarse e incluso acrecentar sus efectivos con una facilidad que da mucho que pensar respecto a las reservas de que dispone la rebelión. Tercer punto impresionante: el hecho que los políticos indígenas que colaboraban con la Administración francesa desde la guerra —e incluso desde antes, a veces— han roto casi todos con ella, y que al aconsejar al Gobierno de París negociar con los Jefes del F. L. N., como M. Fahrés, muestran que en esos ambientes se estima que Francia perderá la partida.

Pero otros síntomas revelan que la unidad argelina está lejos de ser realizada. En primer término las divisiones de los mismos nacionalistas argelinos. Los atentados diarios que se producen en África, e incluso en Francia, afectan a más musulmanes que europeos. Por una personalidad colonial, como M. Froger, ¡cuántos musulmanes oscuros son asesinados sin que se conozcan claramente los motivos! No es dudoso que algunos resultan así castigados por tener relaciones con la policía. Pero en la mayoría de los casos se trata de arreglos de cuentas entre los partidarios del F. L. N. y los de Messali Hayy. La guerrilla parece favorecer las querellas de *sofs*, clásicas entre los bereberes que tienen sus Tito y sus Mihailovitch. También se registra el asesinato de los tibios que se niegan a apoyar la rebelión. Los nacionalistas pretenden imponer su política por el terror. Es la prueba de que están menos seguros de la unanimidad de su pueblo de lo que dicen.

Los europeos de Argelia oyen decir con frecuencia por sus empleados o por sus amigos indígenas que no deben sorprenderse de la frialdad que éstos les testimonian en público. Manifestar amistad hacia un *rumi* equivaldría actualmente a un suicidio. Los musulmanes pacíficos prefieren no correr este riesgo. Pagan la diezma al F. L. N., advierten sus agentes de los movimientos de tropas francesas. Pero, por otra parte, juran fidelidad eterna y piden armas para defender su aduar contra los terroristas cuando las columnas francesas llegan en son de guerra en su región. También aquí existen seguramente musulmanes sinceros, viejos tiradores retirados o *fel-lahs* que largos años de trabajo han apegado a sus patronos europeos y que están decididos a sostener a los franceses contra los rebeldes. ¿Qué importancia tienen? ¿Qué influencia tienen sobre sus compa-

triotas? Es difícil responder. El hecho cierto es que estos «colaboradores» son perseguidos, degollados o muertos a tiros de revólver con un ensañamiento implacable por parte de los rebeldes, y que estos ejemplos impresionan hondamente a la masa musulmana. Un comerciante argelino del que se sospechaba que ayudaba a los *fellagas* explicaba recientemente a uno de sus colegas europeos: «¡Qué quieres! Si los franceses toman medidas contra mí, me meterán en la cárcel. Si los nacionalistas se enfadan, me degüellan. Prefiero la cárcel, de donde se sale, que la muerte, de la que no se sale.»

Así es la masa: el eterno «charco» de las revoluciones que se pondrá al lado del más fuerte. Sin duda, hay matices según las generaciones. Los mayores aceptarían aún un arreglo. Los jóvenes están llenos de un entusiasmo que linda con el fanatismo y están dispuestos a sacrificarse para conquistar la independencia de su patria. Renuevan con una constancia impresionante los efectivos de los guerrilleros diezmados desde hace tres años. Pero esta abnegación no conduce a grandes éxitos. Si se comparan los augurios optimistas de los amigos de los nacionalistas argelinos que anunciaban que un nuevo Dien Bien Fu concluiría la guerra de Argelia como la del Viet-Nam y la realidad, salta a la vista que en el plano de lo militar las esperanzas de los rebeldes no se han realizado.

Entonces, ¿por qué motivo el levantamiento de 1954 no acaba como los del pasado? Tres hechos explican la tenacidad de los argelinos. En primer lugar la fuerza ideológica de su movimiento. Antaño los levantamientos eran la obra de jefes feudales como Mokrani o de fanáticos religiosos como Bu Hamama, sólo seguidos por algunas tribus en una región limitada. Trátase ahora de gente ganada por la idea-fuerza de la independencia, de un movimiento que tiene ramificaciones en todo el país, en todas las clases, y que dispone de serios apoyos en el extranjero. Incluso militarmente derrotados, los nacionalistas seguirían existiendo, soñando su revancha. Constituirían una fuerza que haría pesar sobre el país la amenaza de una nueva guerra civil en un plazo más o menos lejano.

La segunda razón de esperar que tienen los indígenas está en las maniobras de sus amigos en la O. N. U. Con su ideal igualitario, la Organización internacional derivada de la victoria ruso-americana es en el fondo anticolonialista. Ha contribuido a arruinar a los viejos imperios de Europa y a fundar las jóvenes naciones «de color». Los

jefes argelinos esperan que los favorecerá y que el bloque de las naciones afroasiáticas logrará, con el apoyo ruso, arrastrar la adhesión de la mayoría de las Naciones Unidas para una decisión en favor de los rebeldes. Acaso pongan demasiadas esperanzas en la fuerza de los principios de la organización de Nueva York. En el juego muy parlamentario de las mociones a que se dedican los occidentales y los soviets, resulta muy difícil para los miembros de la O. T. A. N. y para sus amigos de América condenar formalmente a Francia. Pueden dar consejos, presionar más o menos discretamente el Gobierno de París para hallar una solución conciliadora. Pero es dudoso que lleguen a este respecto hasta la «revisión desgarradora» de la que un día habló Mr. Foster Dulles cuando se trataba de que los partidos franceses aceptasen su reconciliación con Alemania. Las recomendaciones de la O. N. U. sobre el asunto argelino sólo serían en tal caso vagas prescripciones fáciles de desvirtuar u olvidar. La Unión surafricana con su problema negro, la U. R. S. S. con el problema húngaro, han puesto de manifiesto la impotencia actual de la organización internacional. Sin duda, el Gobierno francés está demasiado imbuído de los «grandes principios» para mostrar tanto desprecio por las recomendaciones de la O. N. U. como los boers o los soviets. Pero Francia está supeditada a accesos de orgullo nacional que políticos avezados en su oficio no se cuidarían mucho de contrarrestar. Este es el motivo por el que los insurrectos argelinos no deben contar en demasía con la O. N. U. para lograr sus propósitos.

EL CASO DE CONCIENCIA DE LA DEMOCRACIA FRANCESA

Queda en tercer lugar el cansancio del pueblo francés y las divisiones inveteradas de sus partidos. Esta es, sin duda, la mejor baza de los insurrectos. Argelia brinda a los franceses un tema de querrela demasiado bello para que lo descuiden. Francia contemporánea está zarandeada por corrientes contrarias. Unas tienen sus fuentes en su pasado imperialismo y otras se derivan del romanticismo social, del intelectualismo a la Dreyfus y de la Resistencia. De su pasado de nación belicosa y conquistadora —lo ha sido hasta el mazazo de 1870— ciertos sectores importantes del Ejército, de la diplomacia y de la administración colonial francesa han conservado la preocupación del

prestigio nacional y cierta inclinación hacia los golpes de fuerza. La deposición de Moncef Bey en Túnicia, la del Sultán Mohamed V en Marruecos, la expedición de Egipto han sido tantos actos arbitrarios donde parecía sobrevivir muy anacrónicamente el espíritu de Luis XIV y de Napoleón.

Para los hombres de esta tendencia, la cuestión de Argelia sólo puede resolverse por una victoria y por una represalia análogas a las de 1945. El descubrimiento de los petróleos del Sáhara les proporciona un argumento suplementario: ¿va a renunciar la nación a una fuente de riqueza y a una garantía de independencia económica? Serían, dicen, un verdadero acto de abdicación.

Frente a la Francia de derechas, más inclinada a considerar su gran pasado que su fuerza actual, se alza la Francia de izquierdas, a la que plantea un caso de conciencia cruel la rebelión argelina.

Para los «intelectuales» y los sindicalistas que constituyen hoy en día los cuadros de los partidos democráticos, los insurrectos argelinos son una especie de discípulos turbulentos con los que se debería hablar como con amigos, buscar una solución amistosa y aplicarla con toda buena fe. Es cierto: las matanzas, los degollamientos, las mutilaciones son crímenes profundamente lamentables que no pueden por menos que condenar y que justifican una acción judicial. Pero, en el fondo, estos franceses de izquierda se dicen que el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, el derecho de los hombres a tomar parte en los asuntos de su país están del lado de los rebeldes. Al considerar el drama argelino, se sienten mala conciencia. En la acción del F. L. N. hallan la imagen de lo que fué su acción durante la Resistencia. Una amarga ironía hace que los paracaidistas y los legionarios con sus rudas operaciones, sus expediciones punitivas y el interrogatorio más o menos «científico» de sus prisioneros permiten a los amigos de los rebeldes evocar a los terribles S. S. de Hitler. La acusación dirigida contra el Ejército y la Policía de la IV República de emplear procedimientos nazis cohibe evidentemente a la izquierda francesa. Esta parece olvidar que los jacobinos, de los que se proclama heredera, los «Sans-culotte» del año II y del año III, se tomaban bastantes libertades con la dignidad humana de los aristócratas y de los «cómplices de Pitt y de Coburgo». Pero se trataba, arguyen sus casuístas, de suprimir privilegios y de abatir una feudalidad para liberar al pueblo. En Argelia tienen la impresión

de que se combate para defender los privilegios de los colonos y para mantener en servidumbre al pueblo indígena. De consiguiente, con sensibles matices, según se trate de M. Mendès-France o de M. Pierre Cot —no hablemos de Jacques Duclos, que cumple fielmente la política de Moscú aquí como en otros lugares—, abundan las reticencias, y el deseo de obtener la paz al precio de amplias concesiones se trasluce más o menos claramente.

Hasta ahora, los oficiales, los burócratas y los poseedores de grandes intereses económicos habían sido los más fuertes en el dominio colonial y habían podido dotar a Francia de un inmenso imperio, aun dejando que los pensadores de izquierda se interrogaran respecto a la legitimidad de sus actos y se dieran golpes de pecho de cuando en cuando. Pero la sacudida que la guerra ha provocado en la sociedad francesa ha trastocado las proporciones. El partido anticolonial ha podido —no sin luchas, es verdad— obtener del Parlamento el abandono de las lejanas posesiones de Asia y de los protectorados de Túnicia y Marruecos. En el caso de Argelia, territorio jurídicamente francés, en que son más profundas las raíces francesas, resulta más difícil conseguir el abandono. La masa de los «sin partido», que han de inclinar, en definitiva, la balanza hacia este o aquel lado, ha dado en un principio la impresión de pronunciarse en favor del mantenimiento de la soberanía francesa en Argelia. Ha aceptado, sin protestas, pagar una guerra interminable y terriblemente costosa. Ha aprobado el envío de jóvenes soldados del reemplazo a Argelia. Más aún: en tanto que muchos jóvenes pertenecientes a ambientes izquierdistas —obreros o estudiantes— protestaban contra su envío a Africa, han sido posteriormente absorbidos por la masa combatiente. Muchos que sólo al desembarcar en Argelia descubrían la magnitud de la obra realizada en este país por la colonización se declaraban solidarios de los colonos. En el curso de estos últimos años, pareció que la defensa de Argelia se convertía realmente en una causa nacional. ¿Durará mucho esta abnegación? Los economistas como Mendès-France, que declaran que esta guerra es ruinoso y que se le ha de poner término mediante una cualquier fórmula de conciliación, piensan que el tiempo trabaja en su provecho. El día en que los franceses hayan de someterse a restricciones de guerra, desistir de sus fines de semana, de sus vacaciones y de

sus excursiones en automóvil, para proseguir una lucha interminable contra los guerrilleros árabes y bereberes, ¿no les darán la razón contra los partidarios de la «mano dura» como Soustelle y Lacoste?

DIFICULTADES Y POSIBILIDADES DE UN COMPROMISO

Los hombres políticos franceses advierten tanto este riesgo que mientras ordenan a los jefes militares de proseguir la «pacificación», tratan de establecer un nuevo estatuto que dotaría a los indígenas de amplios poderes en materia de administración argelina a costa de la colonia europea. En su mayoría, aquéllos están convencidos de la necesidad de «hacer algo». Desde la guerra, se encuentran un poco en la situación del aprendiz de brujo, que habiendo desencadenado los elementos ya no sabe cómo detenerlos y lanza al aire fórmulas con la esperanza de que calmarán la tempestad. Hubo también la declaración de Brazzaville, el Estatuto de Argelia de 1947, la ley-base de M. Defferre para el Africa Negra y la ley-base de M. Bourguès-Maunoury para el Africa del Norte (que encalló en la Asamblea nacional ante la coalición de la derecha y de la izquierda). Estas concesiones a los nacionalistas argelinos, ¿los apacigua o los fortalece? De ello se puede discutir durante mucho tiempo. Es probable que favorezcan una evolución hacia una autonomía cada vez más amplia que se transformará seguidamente en independencia. Los franceses, desde la epopeya o la aventura gaulista —llámesela como se quiera— sueñan con una Unión Francesa imitada de la Comunidad británica que les permitiría conservar una importancia universal. En un régimen en que los gobiernos viven por término medio algo menos de un año, esta fórmula tendría la gran ventaja de ahorrar muchas preocupaciones a los hombres de Estado en el poder. La fórmula descentralizadora de M. Defferre aplicada al Africa Negra parece tener este efecto lenitivo. Pero ¿lo tendría en el Magreb donde los árabes y los bereberes, menos pacíficos de temperamento que los negros, orgullosos de su antigua civilización y de su historia, hablan de independencia y se niegan a todo compromiso?

Por otra parte, ¿qué sería este compromiso? En las colonias tropicales —desde la India hasta el Africa Negra— donde los blancos se reducen a unos miles de funcionarios, militares y algunos colonos,

es fácil para un Estado europeo retirar a los suyos y dejar a los indígenas administrarse por sí mismos. En Argelia hay un elemento que todo lo complica: la población europea. Ha habido — sobre todo en el mundo anglosajón— colonias donde los indígenas han sido casi totalmente exterminados. Allí se han establecido Estados independientes o dominios enteramente occidentalizados. Argelia — como Africa del Sur — es, por el contrario, una colonia mixta. Durante un siglo los gobiernos franceses han implantado hombres blancos en el territorio. En vista de que los franceses no se expatriaban bastante, han favorecido la inmigración de españoles e italianos. Así se ha constituido bajo la égida de Francia una comunidad europea donde los españoles o sus descendientes dominan numéricamente en el Oeste y donde los italianos y los malteses son numerosos en el Este. Concedores de los procedimientos de cultivo que son acertados para un país seco análogo al suyo, estos emigrantes han contribuido poderosamente a la prosperidad de la colonia. Si los franceses han sido los elementos rectores de la administración, estos europeos han constituido un elemento capital en la economía del país. Entre franceses, españoles e italianos la noción de la solidaridad ha sido y permanece muy viva. Frecuentes matrimonios entre súbditos de estas tres naciones han creado una especie de pueblo nuevo que no vacila en titularse «argelino» por oposición a los franceses de la Metrópoli y a los indígenas. Entre estos europeos católicos y el mundo del Islam ha habido una barrera poco menos que infranqueable, lo mismo, por supuesto, que con los israelitas. Argelia es una tierra donde las separaciones entre las poblaciones han permanecido impenetrables. Cada cual colabora en una obra común, pero concluido el trabajo, el colono vuelve a su granja y el indígena a su aduar o a las tortuosas callejuelas del barrio árabe. Los recuerdos de la conquista y de las rebeliones, las diferencias de costumbres (piénsese en las enormes diferencias de apreciación que pueden existir respecto al papel de la mujer en la sociedad) explican esta separación casi hermética. No hay leyes raciales en Argelia. Los indígenas pueden viajar en los mismos departamentos de ferrocarril, ir a los mismos hoteles, enviar a sus hijos a las mismas escuelas que los europeos. Pero aun viviendo los unos al lado de los otros, europeos e indígenas saben que no son de la misma sangre, que son extranjeros entre sí, si no enemigos.

Las leyes respetaban ese dualismo. La Asamblea argelina estaba

dividida en dos colegios que tenían el mismo número de representantes, aunque los musulmanes fuesen mucho más numerosos que los europeos. En la Asamblea Nacional francesa, diputados de ambas comunidades tomaban asiento en los escaños del Palais Bourbon. Esta estructura viciaba evidentemente la ley del número de la democracia. Pero establecía un cierto equilibrio entre dos poblaciones cuya importancia social es —justa o injustamente— inversamente proporcional al número. Es éste equilibrio que está en tela de juicio con los actuales proyectos de reforma. ¿Cómo satisfacer el deseo de los indígenas de tener un «self-government» y no sacrificar a la minoría europea? En este caso también la República francesa se encuentra cogida entre los intereses nacionales y sus principios.

La democracia pura exigiría que fuese respetado el dogma de la igualdad, que no se estableciese diferencia alguna entre colonos e indígenas. El colegio único previsto en el proyecto Bourguès-Maunoury aplicaba este principio. Los europeos de Argelia y sus defensores metropolitanos lo han rechazado, subrayando que la comunidad europea resultaba anegada por la oleada de los indígenas —nueve veces más numerosos— y que, habida cuenta del analfabetismo reinante en el campo, se instauraba el reinado de los analfabetos. La objeción es de peso. Cuando se conoce a Argelia no puede uno por menos que preguntarse cómo los pastores del Orés y los grandes nómadas camellos que no tienen la menor idea de lo que es un Estado, y menos aún un presupuesto, podrían decidir quién tiene razón entre un candidato partidario de la devaluación monetaria o un candidato favorable a la deflación. Pero en nuestros días este absurdo ha sido proclamado sacrosanto. Los tunecinos, los marroquíes, los tripolitanos, cuyas masas no tienen una instrucción superior a la de los argelinos, gozan de todos los derechos políticos. (En la misma Metrópoli, los peones de fábricas y los campesinos, ¿son mucho más competentes que los «fel-lahs» en materia de finanzas?). La lógica exigiría que se aplicase en Argelia, fuera como fuera, el juego sagrado de las urnas. Pero por más que los franceses sean cartesianos, retroceden ante la aplicación de principios en que los defectos de su sistema político aparecen ampliados como en una caricatura.

El envío a la Asamblea Nacional de París de 50 ó 60 diputados argelinos elegidos por un cuerpo electoral dominado por los indígenas, podría convertirlos en los árbitros de la política francesa. Como

antaño los irlandeses de Parnell, estos bereberes tendrían poder para hacer y deshacer Ministerios a su antojo, decidir la paz o la guerra. A su vez, la Metrópoli resultaría colonizada. Para escapar a este peligro, los hombres de Estado francés piensan en un sistema federalista. Pero en tal caso una Asamblea argelina elegida por un colegio mixto sería, en su amplia mayoría, un asamblea arabo-bereber donde algunos representantes europeos se verían reducidos a una oposición estéril. Admitiendo que una Administración hábil lograra hacer votar, durante unos años más, a la masa indígena analfabeta en favor de sus candidatos —como era el caso para las elecciones del segundo Colegio—, el sistema electivo, con sus polémicas y sus pujas a la llana, produciría, tarde o temprano, el acceso al poder de los nacionalistas. Se asistiría entonces a una crisis aún más grave que la actual o al abandono de Argelia por Francia. En ambos casos, la aplicación honesta de la ley del número conduciría a la dominación de Argelia por la masa arabo-bereber. Ello llevaría tarde o temprano al fin de la prepotencia de los europeos que constituyen la clase dirigente del país, a su apartamiento más o menos generalizado, y probablemente, en último término, al de la misma Francia.

La coexistencia de varias comunidades étnicas divididas por luchas recientes parece ser, en efecto, muy problemática en democracia. El inconveniente del régimen electoral es que entrafía gérmenes de lucha entre los grupos sociales y que atiza su hostilidad en vez de apaciguarla. El antijudaísmo, que durante tanto tiempo opuso los europeos a los israelitas de Argelia, muestra los efectos que pueden producir las campañas electorales en poblaciones ardientes y toscas, separadas entre sí por antagonismos de raza, de religión y de economía. Imagínese el desencadenamiento de pasiones que provocaría la apertura de un período electoral cuando en cada bando abundan las víctimas del terrorismo y del contraterrorismo. Las pistolas se dispararían solas. El caso es que si la pacificación se consiguiera mediante una cualquier solución, Argelia necesitaría durante mucho tiempo una cura de internación política para restañar sus heridas y abordar un porvenir que su problema demográfico torna bastante sombrío, antes que batallas ideológicas o raciales. En un régimen fuerte en que la representación nacional se ejerciera según un sistema sindicalista o corporativo, en que la población resultara apartada de las excitaciones de los partidos, este apaciguamiento no sería

acaso imposible. Después de todo, la Argelia de Pétain, en circunstancias no menos trágicas que las de hoy, conoció la paz. Pero la filosofía del régimen metropolitano condena a los hombres políticos de París a ceñirse a la democracia estricta y a sólo brindar a los argelinos, como remedio a sus males, la panacea electoral a fin de conseguir los «interlocutores válidos» investidos de la confianza del pueblo argelino y con los que el Gobierno podría discutir.

La suerte de la comunidad europea de Argelia, que teme esta solución, es que los insurrectos argelinos no han querido prestar oídos, hasta aquí, a una negociación con el extranjero que ocupa el suelo nacional. Si el F. L. N. y el M. N. A. hubieran proclamado que aceptaban la solución democrática del voto con ciertas garantías internacionales, hubieran colocado a M. Guy Mollet y a sus sucesores ante el dilema de recurrir al albur de una consulta electoral sin cuadros capaces de canalizar a la masa arabo-bereber o de recusarse. Los nacionalistas argelinos, quizá porque su Estado Mayor está dominado por hombres valientes, pero sin cultura histórica, que desconocen la lección de Cavour sobre el arte de comerse la alcachofa hoja por hoja y que desdeñan los ejemplos más recientes del rápido tránsito de Tunicia y Marruecos de la autonomía a la independencia, han dejado escapar esta ocasión. Pretenden tomarlo todo por asalto. Pero el caso es que si la guerrilla «pudre» un país, no puede lograr una victoria decisiva sin ayuda extranjera (la victoria de los comunistas del Viet Nam sólo ha sido posible merced al apoyo chino). Los guerrilleros españoles necesitaron a Wellington para echar a las tropas de Napoleón, lo mismo que los partisanos antinazis de la Europa continental, para hacer retroceder a la Wehrmacht, hubieron de esperar al ejército rojo o a las tropas de Eisenhower. La guerrilla argelina, que no tiene a ningún ejército aliado para apoyarla, no puede, por tanto, lograr por sí una decisión. Puede, a lo sumo, servir la causa de la independencia por la laxitud que provocará en una Francia que ha perdido la voluntad de potencia que aun tenía la generación de 1914. En fin de cuentas, es la negociación la que dará una solución política.

Los partidarios del mantenimiento de la prepotencia francesa en Argelia lo saben tan bien que han contrarrestado abiertamente, sin preocuparse de su gobierno, los esfuerzos que los socialistas franceses, de acuerdo con una parte del Gabinete Mollet, por lo menos, habían

hecho para iniciar una discusión con los representantes del F. L. N. en Roma, luego en Túnez. Han conseguido hacer fracasar esos intentos bastante blandos de gente que deseaba concluir un compromiso que les permitiese poner término a una guerra ruinosa, pero que no quiere pasar por liquidadores de colonias. ¿Podrán hacerlo siempre?

No es muy seguro. El día en que los sacrificios gravitaran demasiado sobre la economía metropolitana, donde la opinión pública tendrá la guerra de Argelia por responsable de la crisis en que paradójicamente se debate un país rico y periódicamente a orillas de la quiebra, el clan de los conciliadores tendrá grandes probabilidades de triunfar del clan de los intransigentes. Bastaría entonces que los nacionalistas argelinos dieran pruebas de un mínimo de espíritu político para conseguir la mayor parte de sus reivindicaciones. Que se disfrace la independencia de amplia autonomía, de forma que se respete el prestigio francés, que se traten con miramientos los grandes intereses financieros y el acuerdo se hará posible.

Ciertamente, será preciso resolver el obstáculo de la minoría europea, que es de talla. Francia debe velar por la suerte de ésta, porque la equidad exige que garantice los derechos de los colonos que ha instalado en un país que su trabajo ha fecundado. Una razón menos moral tiene acaso más peso. Los hombres de Estado francés temen un éxodo masivo de los colonos hacia la Metrópoli. La llegada a Francia de un millón de individuos poco asequibles a la filosofía democrática, sospechosos de racismo y susceptibles, al inflar la extrema derecha, de crear un peligro fascista, parece ser poco deseable para los dirigentes de la IV República. Por tanto, éstos querrían hallar en la misma Argelia un *modus vivendi* aceptable para los colonos. Se trataría de mirar al mismo tiempo por los intereses y por el amor propio de los europeos de Argelia, aun dando satisfacción a los indígenas, de los cuales muchos sueñan con apoderarse —«volver a coger», dicen— las tierras de colonos. Se ve la extrema dificultad existente para conciliar puntos de vista tan opuestos.

Para lograrlo, sería preciso hallar interlocutores muy flexibles en la discusión y susceptibles de imponer concesiones, más o menos provisionales, a sus tropas. Es la segunda de las dificultades actuales. Tunicia tenía a Burguiba. Marruecos tenía su Sultán. Argelia, fiel a su pasado anárquico, no tiene jefe ni siquiera un poder colectivo

capacitado para hablar en nombre de la población. Parece ser que la rigidez de la mayoría del Comité directivo del F. L. N. ha decepcionado a Habib Burguiba que le aconsejaba negociar. Buen conocedor de la mentalidad de los políticos franceses, el Presidente tunecino sabe que la «liberación argelina» no se convertirá en un hecho en los campos de batalla, sino en torno a un tapete verde, haciendo hincapié en el espíritu progresista de unos y en el cansancio de otros. Pero sus consejos han sido rechazados. La ocasión favorable que brindaba la crisis financiera francesa corre el riesgo de haberse perdido. ¿Volverá a presentarse? Es posible. Con todo, preciso será que en el plano de lo militar los insurrectos puedan aguantar hasta que surja otro momento propicio.

Sería curioso que la intransigencia de los jefes arabo-bereberes forzara a Francia a conservar este país, como antaño la forzó a conquistarlo de punta a cabo. Se sabe que durante los primeros años del reinado de Luis Felipe, los franceses sólo trataban de quedarse en el litoral, que crearon enteramente el Estado de Abd-el-Kader para tener un vecino con el que fuera posible la coexistencia, y que fué la ruptura del Tratado de la Tafna por el Emir la que en cierto modo les obligó a adueñarse de todo el país. Cabe preguntarse lo que hubiera sucedido si Abd-el-Kader hubiera tratado de mantener la paz con el Gobierno de París. Quizá una Argelia libre, o al menos autónoma bajo el protectorado francés, hubiera podido seguir la suerte de Tunicia o de Marruecos. ¿Dirán los historiadores del porvenir que los jefes del F. L. N. han cometido el mismo error y perdido una ocasión histórica?

ANTONIO MASSIA MARTÍN